

GEORGE SHIPWAY

LANCEROS

Traducción de Isabel Cuenca Boy
(la traducción está dedicada a Julio Cuenca Fuente)



ediciones Pàmies

Título original: *Free Lance*

Primera edición: mayo de 2008

Copyright © 1975 by George Shipway

© de la traducción: Isabel Cuenca Boy, 2007

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies

Carlos Alonso, editor

C/ Monteverde, 11

28042 Madrid

editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-14-0

Diseño de la cubierta: Javier Perea

Ilustración de cubierta: Charge of the Queens Bays against the Mutineers at Lucknow, 6th March 1858, de Henry Payne. The Queen's Dragoon Guards, Carver Barracks, Essex, UK/ The Bridgeman Art Library

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

A
ese grupo de hombres cada vez menos numeroso
que un día sirvieron como oficiales
en
el Ejército Imperial de la India

Casi todos los episodios de esta historia están basados en otros que realmente tuvieron lugar. Aunque los personajes más importantes son ficticios, las personas familiarizadas con la época reconocerán a los prototipos. Las actitudes y las costumbres aquí narradas, aunque deplorables para la actualidad, eran las comunes de los ingleses en la India en aquel tiempo.

G.S.

CAPÍTULO UNO

Un susurro de viento procedente del mar sacudió las quebradizas hojas de las palmeras que bordeaban la costa. No era un viento fresco, pero servía para atenuar un poco el calor del sofocante aire de la noche.

Marriott restregó la cabeza contra las almohadas y gruñó. Logró abrir los párpados, que tenía casi pegados, y lanzó una profunda mirada a la oscuridad. Sentía el cuerpo rígido y pegajoso, envuelto en una capa de sudor seco que, en pequeños chorros, recorría sus axilas. Con gran esfuerzo, se dio la vuelta; el sonido de su propio movimiento aturdió sus sienes y sintió un dolor punzante en los ojos, como si se los hubieran atravesado con una espada.

En la distancia resonaba el mugido de las vacas. La brisa del mar traía consigo olores familiares: el aroma agridulce de los mangos, el intenso olor del salitre del mar, la penetrante pestilencia del estiércol, las especias y los excrementos quemándose, y el hedor del pescado podrido. Caliente y pegajoso como las aguas residuales, aquel miasma obstruyó sus fosas nasales.

Una explosión rompió el silencio. Los loros chillaron en las alturas. «Cañonazos, —pensó Marriott disgustado.» Ése era el anuncio militar que indicaba que había llegado un nuevo día; un nuevo día de calor, trabajo, sudor y nervios desatados. Pronto, su paje vendría a correr las cortinas mosquiteras y el barbero se dispondría a afeitarse la barbilla con delicadeza. «Al infierno con ellos —decidió Marriott—. Hoy pienso dormir hasta tarde; no pasaré por la oficina antes de las doce. ¡Qué dolor de cabeza! ¡Menuda fiesta salvaje la de anoche!»

Con la cara hundida entre las almohadas, Marriott intentó hacer memoria. Cerró los ojos y consiguió recordar varias imágenes inconexas: una multitud alborotada en los Salones de la Asamblea. ¿Quién habría organizado aquello? Daba igual... Alguien lo sabría; al día siguiente iría a ver a su anfitriona. Hoy no; se sentía demasiado indispuerto. Luego estaba la cena en casa de Ellis, en Black Town. ¿Qué había pasado? ¿Quiénes habían asistido a ella? Eastwick del

73° regimiento, el cirujano Harris, Amaury de la caballería —por descontado que Amaury; nunca se perdía una reunión social entre camaradas—, y multitud de soldados ebrios en desenfrenado alborozo. Seguro que no escatimaron con el burdeos, el brandy y el ponche de *arrak*: era la única explicación posible para ese dolor de cabeza que le estaba taladrando el cráneo, las náuseas que sentía en el estómago y esa oscura sensación de juicio final inminente que lo agobiaba. ¿Qué había pasado después? Seguro que habían jugado al *Whist* haciendo arriesgadas apuestas. ¿Y él? ¿Habría perdido o habría ganado? Cerró los ojos y apretó los párpados tratando de hacer memoria. Sin éxito... No tenía ni idea de cómo había terminado la velada; en su laguna mental, tan sólo recordaba el humo del tabaco y el vino.

¿Dónde estaba Hanuman, su paje? Siempre se encargaba de despertarlo cuando sonaban los cañonazos. Oyó varias voces de indígenas murmurando algo justo al lado. ¿Qué les pasaría a sus sirvientes? Abrió los ojos y lanzó una mirada vacía al techo de mimbre entretejido que se encontraba a casi un metro de su cara y a las cortinas amarillas decoradas con arabescos que rodeaban al camastro, como si del féretro de un indigente se tratara.

¡Dios, pero si estaba en su palanquín!

Marriott abrió las cortinas. Cuatro porteadores cuchicheaban en cuclillas junto al palanquín. Una solitaria palmera se elevaba retorciéndose hacia el cielo, que había adquirido un brillo cobrizo con el amanecer. La brisa, que ya se estaba calmando, agitaba la hierba totalmente desteñida por el sol en aquella ladera, que se elevaba hasta una muralla llena de aspilleras. En lo más alto, las bocas de los fusiles acechaban vigilantes. Doscientas yardas más allá, una esbelta silueta se erguía sobre su pilar contrastando con la luz del amanecer... El monumento a Powney. Tras él, se apreciaba el balanceo de dos cuerpos sin vida que pendían de una horca. El sonido de las trompetas resonaba lejano procedente de las barracas del interior de los muros.

Era el glacis del fuerte Saint George, en Madrás.

Marriott se rascó la barba mientras intentaba excavar en su confusa memoria. La fiesta en casa del gobernador, el banquete en los Salones de la Asamblea con un baile a continuación y, por último, la cena en casa de Ellis. Cuando se celebraba ese tipo de eventos, lord Clive tenía por costumbre ordenar que se mantuviesen abiertas las puertas hasta que hubiesen llegado todos los invitados que residían en el fuerte. De modo que las puertas no deberían haberse cerrado

hasta bien pasada la medianoche; por tanto, él tendría que haber llegado demasiado tarde. Entonces, recordó vagamente que había discutido con uno de los guardias que custodiaban las puertas y cómo el sargento se negó rotundamente a abrirle siquiera la puerta trasera.

—Tiene mis órdenes, señor —declaró en un tono que delataba el desprecio que sentía por un civil ebrio que, aunque quizá fuese de clase alta, desde luego no era un oficial. ¡Esos malditos militares de rango superior!

De acuerdo. Había pasado la noche en su palanquín pero, después de todo, no era la primera vez que un viajero tardío había dormido hasta el amanecer en el glacis. Decidió ir a su casa de la calle de Saint Thomé, a su cama, a que el barbero le diera un relajante masaje en el cuero cabelludo. Marriott dio unas palmadas; los portadores del palanquín se levantaron, le dirigieron el saludo indígena juntando las puntas de los dedos sobre la frente y se cargaron las andas a los hombros. Marriott se recostó con alivio sobre los cojines mientras los portadores subían la pendiente y contuvo las repentinas náuseas que le causaba el balanceo de la litera.

Los intrincados pasajes de acceso lo sumergieron en un angosto zigzag, a través de un corredor cubierto y amurallado de calor sofocante. Los centinelas se pusieron en guardia al verlo, pero se relajaron de inmediato apoyados sobre sus mosquetes al reconocer al viajero. «No se saluda a los civiles —pensó Marriott con amargura—. Excepto a unos pocos elegidos: aquellos hombres de avanzada edad llenos de ampollas por el clima que habían sido designados para ocupar un puesto en el Consejo de Madrás.» Una carretera bordeada por polvorines desembocaba en la plaza de armas, conocida como la Parada. Era un extenso espacio al aire libre en el corazón del fuerte, cuyo terreno había sido alisado por los incontables pies que lo habían recorrido desde hacía más de un siglo. La algazara reinaba en la Parada, un lugar siempre bullicioso, ajetreado y lleno de movimiento. Saint George era un auténtico municipio en sí; las defensas del fuerte —contraescarpas y revellines, bastiones y fosos— albergaban entre sus muros polvorines, barracones, oficinas, mansiones, casas, tiendas y bodegas. Por las calles que separaban los edificios se veían las hileras de uniformes escarlata desfilando en una dirección y después en otra, cambiando de frente, y marchando en columnas o en filas. El sol se reflejaba en los cañones y desprendía destellos en las bayonetas. Los jinetes de la caballería marchaban en grupos de a tres desde los ba-

rracones situados más allá de la iglesia de Saint Mary. Formaban una ruidosa fila, con sus caballos salpicando de espuma a los hombres de los regimientos con sus lanzas doradas. Las cuadrillas hacían crujir el suelo a su paso como si fuesen quebrando palos, a la vez que un velo de polvo iba apoderándose lentamente del aire.

Los portadores del palanquín vacilaron. Marriott les hizo un gesto con la mano para que avanzasen; apartó las cortinas y contempló la escena. Una asamblea del fuerte al completo: ¿qué victoria olvidada pretendería celebrar aquella ceremonia? Sus amigos militares, que a menudo parloteaban con gran pedantería sobre sus abstrusos rituales, no le habían mencionado que estuviera previsto celebrar un desfile especial. Un soldado raso indio se paró junto a él a observar el intrincado paso de sus compañeros apoyado en una caña. Sus pantalones, cortos hasta la rodilla, dejaban entrever el sucio vendaje que le cubría la pierna. Marriott leyó la placa que llevaba en su correa: 33° Regimiento de Infantería de Su Majestad, uno de los regimientos de Seringapatam; los heridos de esa formación aún abarrotaban el hospital Saint George. Asomó la cabeza entre las cortinas y, señalando hacia la plaza, le preguntó:

—¿Qué significa esta asamblea?

El soldado indio lo observó unos instantes para volver luego a fijar su mirada en el desfile frunciendo el ceño.

—Una ejecución —respondió en su inglés peculiar—. Desertores. Tres de nosotros —carraspeó y escupió—. Todos ellos alabarderos. Se emborracharon mientras hacían guardia. Escaparon de prisión militar e intentaron huir. Cazados en alguna parte del interior. Y ahora, esto.

Lanzó una mirada al desfile de tropas.

—Esto no está bien —continuó—. Han servido al ejército durante muchos años. Todos ellos. Marcharon con el comandante Cornwallis en el 92 y ayudaron a ventilar lío con Tipu el año pasado. Pero eso da igual. Oficiales de tribunales no hacer distinciones. Aplica justicia a pie de letra. Deserción, muerte. Es lo que dice ley, así que condenan a hombres buenos y luego siguen con sus partidas de cartas y sus tragos.

El sol hacía resaltar las chispas de resentimiento en su mirada y acentuaba la palidez de su rostro, un rostro curtido y surcado de arrugas. El soldado rebuscó en su cartuchera y sacó un trozo de tabaco, mordió un poco y lo mascó.

—No pero —murmuró enigmáticamente—, dos de ellos todavía tiene oportunidad.

Las tropas formaron filas cerrando tres de los lados de la Parada con las casacas escarlata de la infantería y sus correas de color blanco reluciente, el azul y el rojo de la artillería, y los vistosos uniformes de la caballería con sus crestados cascos de cuero. Con los rubicundos rostros de los ingleses y las bronceadas caras serias de los cipayos. En el lado libre había una bancada de barro llena de agujeros: un soporte donde apoyar la culata de los mosquetes para disparar sus salvas en directo.

Los oficiales gritaron las órdenes, se giraron y apuntaron con sus espadas al suelo dejando descansar las manos sobre las empuñaduras. Se hizo un silencio sepulcral en la plaza. A través del hueco que había entre las filas de la caballería y las de la artillería a su izquierda, un oficial guió a diez filas de soldados rasos ingleses que, mosquetes al hombro, avanzaron lentamente. Los seguían unos hombres que arrastraban los pies e iban ataviados con sucias camisas y pantalones blanquecinos; tras ellos, un grupo de indígenas portaba una *dbooly* y, sobre ella, una figura postrada parecía invocar al cielo. Los soldados que seguían a la litera transportaban un ataúd. Por último, los hombres del pelotón de ejecución, de expresión sombría, iban armados con mosquetes desprovistos de bayonetas. La banda de música del regimiento completaba la extraña procesión. El sol se reflejaba en los bordes dorados de los tambores y en las trompetas plateadas.

El soldado raso cojo señaló la *dbooly* con su pulgar.

—El pobre infeliz lleva enfermo semanas. No puede andar.

El cortejo dio un giro y se detuvo frente a la bancada con los mosquetes. Los escoltas sacaron al abatido hombre de la litera y lo llevaron junto a los demás prisioneros, dejándolo caer como un saco. Uno de los músicos de la banda dio un paso hacia delante, desabrochó la correa que sujetaba su tambor y lo dejó frente a ellos. Volviéndose hacia la Parada, desdobló un papel, se aclaró la garganta y lo leyó en tono sombrío y con la voz ronca:

—A pesar de que los soldados rasos John Bishop, Thomas Churcher y Benjamin Lardiman, todos ellos pertenecientes al 33º Regimiento de Infantería de Su Majestad, han sido declarados culpables por el Consejo General de Guerra conforme a lo dispuesto en los artículos de la Ley Marcial relativos a la desertión premedi-

tada, la sentencia de dicho Consejo dispone que sólo uno de ellos sea ejecutado como manda la tradición. Los acusados deberán jugarse su suerte a los dados sobre la base de un tambor en el lugar de la ejecución. Únicamente dispondrán de un tiro y aquél que saque el número más pequeño será ejecutado.

Entonces, un sargento sacó un cubilete de cuero, metió en él dos dados de color marfil y se lo puso en la mano al prisionero que tenía más cerca. El sonido de los dados sobre la base del tambor se oyó claramente en toda la Parada. El oficial se inclinó sobre ellos.

—Siete —anunció.

Con una sonrisa de oreja a oreja, el segundo de los prisioneros escupió en el cubilete y tiró.

—¡Nueve! —exclamó el bribón dando brincos de alegría. Después, cogió el cubilete y se lo pasó con gran soberbia al inválido, a quien sus camaradas sostenían apoyado sobre sus hombros. Un soldado le ayudó a sujetar el cubilete con los débiles dedos; con apatía, lo volcó sobre el tambor. Uno de los dados salió despedido y fue a parar al polvoriento suelo.

—Tirada nula —dijo el oficial apretando los labios.

La tensión entre las expectantes tropas era palpable y se acrecentaba a medida que el sol iba imprimiendo al aire un sofocante calor. Todas las cabezas estaban concentradas en el grupo alrededor del tambor. Las gotas de sudor recorrían aquellas caras arrugadas de expresión hosca. El prisionero volvió a probar suerte. El dado se deslizó por la base del tambor sin caerse.

—¡Cinco!

El hombre que había tirado en primer lugar se dejó caer de rodillas, aliviado y con gran satisfacción. Su soberbio compañero lo agarró del cuello, lo levantó de un tirón y le dio unas palmadas en la espalda.

—Estamos de suerte, tontorrón. ¿A qué viene ese amago de desmayo? —le dijo con la voz ronca.

El oficial hizo un gesto disgustado; una fila de soldados se cerró alrededor de los dos hombres y se los llevaron.

La procesión reemprendió la marcha, con la banda de música a la cabeza y el aturdido prisionero dando traspiés entre los compañeros que lo sujetaban. Por delante de él llevaban su ataúd y lo seguía el pelotón de ejecución. Los tambores resonaban con un lastimero repiqueteo; los pífanos y las cornetas entonaban una mar-

cha fúnebre. Avanzaban lentamente al ritmo de la melancólica melodía, a un palmo de las tres filas que bordeaban la plaza. Al pasar el soldado Lardiman delante de ellos, los soldados dirigieron la mirada al suelo; ninguno lo miró a la cara, crispada de dolor. Para cuando alcanzaron la bancada de barro, él ya parecía estar muerto. Iba arrastrando los pies y dejando tras de sí un rastro de surcos paralelos en el polvo.

Depositaron el ataúd en el suelo y la víctima se arrodilló sobre su tapa. Cuando los escoltas lo soltaron, arqueó los talones y se puso en cuclillas a la usanza de los indígenas. Tenía los ojos cerrados y la cabeza gacha, con la barbilla rozándole el pecho. Un cabo le envolvió la cara con un pañuelo. Lo anudó de forma que sus extremos ondeaban a ambos lados como dos pequeñas alas blancas.

Un sargento jefe de elegante porte midió una distancia de seis pasos, marcó una línea con la culata de su alabarda e hizo una señal al pelotón de ejecución. Los hombres que lo componían se adelantaron hasta rozar la marca con la punta de los pies.

—¡Preparen los cartuchos!

Con los dedos, los soldados sacaron los cartuchos de las cartucheras.

—¡Ceben las armas!

Mordieron los extremos de los cartuchos y cebaron con pólvora las cazoletas.

—¡Cierren las cazoletas!

Taponaron la cebadura cuidadosamente.

—¡Saquen las baquetas!

Los finos cilindros de acero brillaron al sol; colocaron los casquillos en las bocas de las armas.

—¡Compriman los cartuchos!

Uno de los hombres derramó su carga y dejó caer su varilla. Se agachó presuroso a recogerla, mientras el sargento profería maldiciones con sumo enfado.

Sin volver la cabeza, el soldado raso herido se dirigió a Marriott:

—Tienen nervios a flor de piel. Ninguno de ellos ha visto ejecución jamás. Se puede ver cómo tiemblan desde aquí.

Marriott apretó los puños hasta clavarse las uñas en la palma de las manos.

El sargento se dirigió hasta donde estaba su oficial y se detuvo en un remolino de polvo.

—¡El pelotón de ejecución está listo, señor!

El oficial asintió de manera cortante, se relamió los labios y respiró hondo.

—¡Pelotón... preparen los percutores! —ordenó.

Una sucesión de chasquidos rompió el silencio reinante.

—¡Apunten... ¡Fuego!

Los cientos de cuervos que había en los árboles se arremolinaron y sus estridentes graznidos se impusieron al eco de los disparos. Una grasienta cortina de humo de color gris blanquecino invadió el espacio existente entre los mosqueteros y su objetivo. El aire se impregnó del olor de la pólvora, ácido y penetrante.

El prisionero levantó la cabeza con el cuerpo temblando. Seguía de cuclillas sobre el ataúd.

El sargento jefe dejó escapar un exabrupto, tiró su alabarda, desenfundó una pistola que llevaba atada al cinturón y echó a correr al tiempo que preparaba el percutor. Apuntó al prisionero en la nuca, apretando la boca del arma contra su vendaje, y disparó. Su cuerpo perdió el equilibrio y cayó torpemente entre una pequeña nube de humo. No quedaba ni rastro del vendaje ni de la cara. Tan sólo un amasijo de restos carmesí desparramados.

Marriott se bajó del palanquín, se puso a cuatro patas y vomitó. El soldado con la caña lo observó impasible, sorbió su mejunje de tabaco y se fue cojeando.

—¿Qué te pasa, Charles?

Un oficial que estaba embridando a un semental nervioso contempló divertido a Marriott que lucía una espléndida figura ataviada con la casaca escarlata del uniforme del regimiento, abierta en el pecho dejando asomar un chaleco azul celeste con botones dorados. Sus bombachos color crema se perdían dentro de las botas de montar, brillantes como el ébano pulido, y llevaba un casco reluciente coronado por una cresta de crines de caballo. El corcel negro resopló, aparentemente al tanto de la magnífica escena que él y su jinete estaban presenciando.

Se trataba de Hugo Amaury, capitán del 7º Regimiento de la Caballería Indígena de Madrás de la Honorable Compañía de las Indias Orientales y un famoso espadachín, conocido como destacable duellista y héroe de la guerra de Misore.

—Un malestar pasajero —dijo Marriott entre dientes—. Se me pasará enseguida.

—Mi querido Charles, ayer diste muy buena cuenta del burdeos —respondió sin que su mirada, azul como el cielo, dejase traslucir la solemnidad de su tono—. Brandy y, después, cerveza negra. No me extraña que estés así...

—No es sólo por la bebida. Es esto —dijo Marriott apuntando con la mano hacia la Parada. Los regimientos desfilaban ahora briosos al son de *Nancy Dawson*. Había unos pocos hombres alrededor del ataúd; un martilleo entrecortado rompió la cadencia del animado ritmo que entonaba la banda de música—. Esta desatinada ejecución...

Amaury arqueó las cejas sorprendido y dijo:

—¿Qué tiene de especial? Yo he visto cosas mucho peores que ésta. Una vez, el 74º Regimiento abrió fuego contra un fugitivo tras el combate de Malavelly. Un oficial intentó darle el golpe de gracia y, aunque cueste creerlo, falló estando a sólo un palmo de él. Tuvo que volver a cargar la pistola y volver a disparar al pobre desgraciado, mientras él se retorció a sus pies como si fuese una ballena varada —continuó Amaury riéndose—. ¡Nunca había visto a nadie en semejante situación!

Marriott volvió a subir a su palanquín y dio una orden gruñendo. Amaury, cabalgando con su caballo paralelo a la litera, dijo:

—Te veré en tus dependencias cuando te hayas recuperado. Se han acabado los desfiles por hoy. Ya ha sido más que suficiente. Hemos ensillado los caballos antes de que se hiciera de día.

El palanquín se detuvo a las puertas de una casa de tres pisos y tejado plano situada en la calle Saint Thomé, un estrecho cañón entre las señoriales casas de yeso blanco, de estilo Palladio en su inmensa mayoría. Amaury entregó su caballo al mozo de cuadra, que lo montó y se lo llevó al trote. Los dos hombres subieron la empinada escalera que llevaba al amplio vestíbulo central y atravesaron una puerta situada a la derecha. Conducía a una sala de techos altos que se antojaba sombría comparada con la claridad del exterior; cuando salía el sol, cerraban rápidamente todas las contraventanas para impedir que entrase el calor. Marriott dio unas palmadas y anunció:

—¡Estoy en casa!

Varios indígenas aparecieron entre las sombras; andaban sin hacer ruido y llevaban largas túnicas blancas y turbantes achatados. Ma-

rriott levantó los brazos. Uno de los sirvientes le quitó la arrugada chaqueta de color verde aceituna, el chaleco manchado de vino y los pantalones bombachos. Luego desabrochó la hebilla de sus botas y lo descalzó. Con la camiseta interior y los calzoncillos por toda vestimenta, se mojó la cabeza en una jofaina; el agua corría por el suelo de yeso. Amaury se quitó el casco y la casaca, se sentó con gran elegancia en una silla de ratán y observó pensativo a su amigo.

—Charles —dijo en un momento en que cesó el chapoteo de agua—, creo que va siendo hora de que dejes de perder el tiempo. ¿Recuerdas algo del juego de anoche?

Marriott se secó el pelo con una toalla, se la puso alrededor de los hombros y se dejó caer en un taburete de madera de teca antes de responder:

—Muy poco. Recuerdo que no me fue bien con los dados. Creo que fue Ellis el único que tuvo una racha de suerte.

—En efecto. Al parecer, el azar no es lo tuyo. Perdiste cien *pagodas* con él.

«Unas cuarenta guineas —calculó Marriott mentalmente con desánimo.» Para colmo, Ellis y otros más también tenían unas letras que él mismo había firmado por otras cantidades inferiores. «¡Maldita sea! ¡Menudo burdel! —exclamó en su interior al recordarlo.» Levantó la cara hacia el barbero y sintió el frío filo de la cuchilla en su mejilla. Los ojos le quemaban. Los cerró.

—Este mes va a atracar en el puerto un mercante inglés —dijo—. Transporta veinte candiotas de madeira que yo le he encargado. Debería sacar un generoso beneficio de ellas en Hyderabad para poder pagar así hasta el último de los *fanams* de mi deuda.

—Comercio privado —respondió sarcásticamente Amaury—, la salvación de los funcionarios de la Compañía... En cambio nosotros, los pobres soldados, tan sólo vivimos de nuestra paga.

—Y de los premios de las condecoraciones y de los saqueos —replicó Marriott enfadado—. El reparto del botín de Seringapatam ha hecho de todos vosotros unos nababs.

—¡Claro! —rezongó lánguidamente Amaury mirando al techo—. ¡Hay que ver la inmensa suerte que tuve! Esos brazaletes con piedras preciosas incrustadas que... ¡ejem!... que encontré en el palacio de Tipu sirvieron para cubrir mis necesidades durante un tiempo. Otra saca más así u otras dos y me podré retirar a una plantación en Bengala.

Marriott contempló a aquella alta figura de anchos hombros que descansaba descuidadamente sobre la silla, con su rubicundo rostro aguileño en el que el sol tropical no había hecho mella alguna y el rubio cabello enredándose entre los pliegues de su pañuelo. El chaleco y los bombachos de cintura apretada resaltaban aún más la esbelta silueta, con sus delgadas caderas y sus largas piernas de jinete. Exhaló un suspiro de envidia.

—Supongo, Hugo, que no te fuiste de la fiesta hasta el final y que también tomarías tu ración de vino, ¿no? Y, sin embargo, tienes el aspecto fresco de un bebé que ha dormido como un bendito toda la noche.

—Una buena constitución —respondió Amaury dejando entrever una sonrisa burlona—. Además de una inofensiva estratagema. Mis sirvientes tienen órdenes de retirar mi copa tan pronto como la pose sobre la mesa después de un brindis. Y cuando noto que el vino me va a sentar mal, mastico unas aceitunas francesas pero sin tragarme la pulpa. Deberías probarlo. —Entonces, su sonrisa se apagó—. Fue una suerte que me quedase en la fiesta hasta el final. Te pones muy peleón cuando tomas unas copas de más, Charles.

—¡Vaya! ¿Acabé retando a alguien?

—No, esta vez no. Pero tuve que intervenir para suavizar el asunto. Briscoe, el fiscal, a quien ofendiste terriblemente, decidió pasar por alto tu desfachatez. Y, seguramente, fue lo más prudente. ¡Tendrías que haber visto lo torpe que estabas con la pistola!

Marriott se imaginó el tipo de estilo que Amaury había empleado en su mediación: el recurso del lobo tras la piel de cordero. Nadie querría enfrentarse al mejor tirador de todo el ejército.

—El maldito clima de la India —prosiguió— te está desquiciando, está causando estragos en tu capacidad de decisión. Nos pasa a todos. Acabas con tres botellas de burdeos de una sentada cuando, hace un año, apenas hubieras sido capaz de tragarte una. Tus apuestas cada vez son más temerarias, y tu compañía... deplorable.

—¿Menosprecias a mis amistades? —replicó Marriott con frialdad.

Una nueva sonrisa se dibujó en el rostro de Amaury.

—Así es. Ese grupo al que frecuentas en el barrio de Black Town no es más que una pandilla de bribones. La casa de Ellis es un infierno del juego y un burdel, y él mismo, un oficial cipayo corrupto que se dedica a cometer fraudes. Hace años que lo tendrían que haber expulsado de Madrás.

—Pues tú vas a menudo a su casa.

—Para vigilarte a ti, amigo mío —respondió Amaury con tono serio—. Y empiezo a estar cansado de ello. Deberías deshacerte de esos canallas de mala reputación y volverte a rodear de caballeros.

Sus ojos recorrieron la habitación examinando sus desnudas paredes de yeso, las toscas alfombrillas de algodón que cubrían el suelo y la manta de caña de cuerda entretejida sobre el camastro; se trataba de un catre cuyas patas se hundían en sendos cuencos de barro llenos de agua con el fin de mantener alejadas a las hormigas y a otros insectos indeseables. Las mesas y las sillas de madera estaban desvencijadas y de la pared colgaba un espejo resquebrajado.

—Tus dependencias son muy espartanas. No es de extrañar que escapes a esos dudosos lugares más allá del fuerte —dijo desenfundando su sable un palmo y volviéndolo a enfundar después—. He alquilado una casa con jardín en la llanura de Choultry con vistas al Adyar. Situada a buen nivel y fresca, si es que se puede emplear esa palabra en la costa de Coromandel. Veinte *pagodas* al mes. ¿Por qué no te vienes conmigo?

—Una tentadora propuesta —respondió Marriott con indiferencia mientras se enfundaba la camisa de algodón que uno de sus sirvientes le había traído, se ponía los bombachos de mahón, se calzaba los calcetines de algodón y se colocaba un jubón de mangas blancas—. Pero la Compañía prefiere que los escribientes no vivan fuera de Saint George. Tendría que pedir autorización al veterano Harley y me sería difícil conseguirla. Me temo que no me tiene en gran estima...

—Los mercaderes senior aborrecen a los escribientes igual que los coroneles desprecian a los cornetas. Toda una tradición en la Honorable Compañía —dijo Amaury al tiempo que se levantaba, se ponía la casaca y se ajustaba el casco en la cabeza—. Tengo que dejarte. Hannibal lleva demasiado tiempo quieto. Apuesto algo a que a ese estúpido mozo de cuadra no se le ha ocurrido dejarlo a la sombra. Haz todo lo posible, Charles; me encantaría disfrutar de tu compañía. Y seguro que mis amigos te resultarían bastante más divertidos que esa panda de rufianes con los que te codeas.

Amaury salió de la estancia. El barbero cepilló el cabello de Marriott y lo perfumó; después, le colocó un pañuelo de seda alrededor del cuello sin apretar mucho el nudo. Marriott se contempló en el espejo. Lanzó una mirada de desagrado a su cetrino rostro de gran-

des mejillas, a aquella boca con esos labios tan finos, a sus espesas cejas negras y a aquellos somnolientos ojos de color marrón que le devolvían la mirada. Mientras se colocaba un sombrero de copa baja, bajó las escaleras con sus pasos resonando sobre ellas. Despidió bruscamente al palanquín y se dirigió a su lugar de trabajo. El sirviente que lo seguía lo tapaba sujetando un *chatta* sobre su cabeza: una especie de quitasol circular de paja con una caña de bambú como agarre.

La oficina estaba a cincuenta yardas de distancia. Antes de que hubiese llegado siquiera a la entrada, el sudor recorría sus costillas.

—Llega tarde, señor Marriott.

Un tintero de cristal con una pluma y montones de papeles, libros y cuadernos de contabilidad se apilaban en la mesa de caoba a la que estaba sentado Joseph Harley, mercader senior. Apoltronado en su sillón de respaldo alto, tenía las puntas de los dedos entrelazadas debajo de la barbilla. Su rostro estaba tan demacrado y lleno de arrugas que parecía estar cubierto por una máscara de papel de estraza estropeado. Llevaba el pelo, totalmente cano, recogido en una cola de caballo a la usanza de tiempos ya pasados. Aquellos ojos hundidos y cansados examinaron a Marriott con resignada impaciencia. En los veinte años de servicio que llevaba destinado en la India no había vuelto ni una sola vez a Inglaterra.

Marriott sacó un pañuelo, se secó el sudor de la frente.

—Le ruego que acepte mis disculpas. Ciertas cuestiones ineludibles me han demorado.

—Claro, cuestiones ineludibles. Una orgía de embriaguez en Black Town y la inobservancia de las órdenes de los vigilantes de las puertas —replicó el hombre. En su semblante se dibujó una austera sonrisa al ver la consternación de Marriott, una discreta abertura de los labios que dejaba entrever la hilera de dientes amarillentos—. Mi palanquín cruzó las puertas justo detrás del suyo, de modo que pude comprobar el lamentable estado en que se encontraba. Señor Marriott, no es la primera vez que me da motivo de queja a causa del descuido de sus funciones y el tipo de vida disoluta que lleva. Un camino, por otra parte, que no le permitirá ascender en la Compañía. Pero veo que debo hablarle muy seriamente, así que tome asiento, señor.